

Hace dos años viajó en el rompehielos *Almirante Irizar* hacia la Base Belgrano de la Antártida Argentina, donde cumplió su sueño de pintar los helados paisajes. En diciembre pasado, un accidente doméstico le impidió sumarse a la misión que concluyó con el incendio del gran buque. Ahora prepara una muestra que inaugurará en 2008 y en la que exhibirá las obras que realizó a partir de su experiencia a bordo. Aquí, la apasionante historia de la artista plástica "que volvió del frío".

[Texto Patricio Lennard Fotos Maxi Didari]

Marina Curci

"En la cubierta, la pintura y e

Porque las palabras no le alcanzan para explicar las sensaciones que experimentó, decidió pintarlas. A través de sus cuadros, Marina Curci (38) quiere transmitir lo emocionante y sobrecogedor que fue para ella haber estado en la Antártida. "Así lo quiero contar. Para eso elijo la pintura", señala esta artista que viajó hace dos años en el rompehielos *Almirante Irizar* para pintar *in situ* los inhóspitos paisajes antárticos. Una experiencia sobre la que ahora prepara una muestra que inaugurará el año próximo y en la que —no es difícil preverlo— se podrán ver múltiples variantes de los colores azul y blanco.


El inicio de esta historia Curci lo sitúa en 1999, cuando el reconocido artista Guillermo Roux la eligió para que fuera su asistente en la creación de un enorme mural que hoy adorna una coqueta torre, diseñada por César Pelli, en Puerto Madero. A poco de empezar a trabajar allí, Curci descubrió que desde el piso número 25 de ese edificio no sólo podía verse el Río de la Plata y toda la ciudad de Buenos Aires, sino también el rompehielos *Irizar*, fondeado en una dársena del puerto. "Nosotros trabajábamos en la planta baja. Y un día subí al piso 25 y me encontré con esa vista im-

presionante. Era un piso vacío: en los 360 grados, todo de vidrio. Ahí se me ocurrió hacer un registro de todo lo que veía, y pedí permiso para subir a pintar todos los días, antes de mi horario de trabajo en el mural. Pinté la ciudad, pinté la inmensidad del río y también hice una serie sobre el *Irizar*, que era el único barco que estaba allí, con ese color anaranjado tan llamativo. Así lo empecé a pintar, hasta que un día, atónita, comprobé que ya no estaba. Después supe que se había ido a la campaña, y que yo tendría que esperar más de tres meses a que regresara para terminar el cuadro. Entonces, en el tiempo de esa espera, empecé a soñar con ir en el rompehielos a la Antártida".

Después de cinco años de ayudarlo a Roux a terminar su colosal trabajo, en 2004 Curci realizó su primera muestra individual, en la que los cuadros dedicados al *Irizar* ocuparon toda una pared de la galería. Una oportunidad en la que la tripulación del rompehielos y personal de la Armada se vieron muy interesados en su obra, al punto que aceptaron costearle el proyecto de viajar a la Antártida que la artista les había presentado. "Mi idea fue desde un principio ir en el *Irizar*. No era lo mismo para mí ir en un crucero. El rompehielos cumple una misión para la Argentina, es un

buque militar, y por eso pude conocer la Base Belgrano, que es un lugar al que sólo es posible llegar en el rompehielos". De las doce bases que la Argentina tiene en la Antártida, la Base Belgrano es la última, la más lejana, situada en la parte continental, y allí sólo se accede en verano, en la época en que el sol nunca se esconde, rompiendo placas y placas de hielo durante días. "El sol está casi todo el tiempo en el mismo lugar y yo, durante treinta y ocho días, no vi más la noche. Viví un larguísimo día de miles de horas, y eso te desencaja un poco. Me acuerdo de estar pintando y percatarme de que eran las 4 de la mañana. O decirle a alguien 'Buenas noches' y sentirme medio ridícula. En el buque, a una cierta hora se apagan todas las luces, y así se informa que es la hora de descanso. Pero al principio a mí me daban ganas de pintar todo el día".

Seis meses le llevó a Curci preparar el viaje. Se armó un caballete especial, compró papeles, tintas, acuarelas, bastidores. —"Era una especie de librería andante", recuerda— y embarcó en Tierra del Fuego. "El camarote lo compartía con la cirujana y la anestesista del buque. Eramos once mujeres en total. Yo era la única artista y fui la primera, según me dijeron, que llegó hasta la Base Belgrano".



pincel se me congelaban”

EL BARCO

En 1999 Marina trabajó como asistente del reconocido artista Guillermo Roux en la creación de un mural para un edificio de Puerto Madero. Desde el último piso de aquella torre, la artista vio por primera vez —y se enamoró— del gigante naranja: el rompíehielos *Almirante Irizar*, que esperaba en una dársena del puerto de Buenos Aires su próximo viaje al Polo Sur.





COLORES FRIOS

Curci en su taller, "pintando para contar" todo lo que vio y vivió en su viaje a la Antártida Argentina. Amante de los paisajes, asegura que no concibe otra manera de pintarlos que no sea yendo al lugar. En su paleta se multiplican las variantes de los colores azul y blanco.

hizo toda la trayectoria pintando". Una parte importante de la preparación de Curci fue determinar cómo sería trabajar en el exterior en condiciones climáticas tan duras. "Una de las primeras cosas que averigüé fue cuánto frío hacía y qué me tenía que poner. Y si bien me dieron casi toda la ropa, tuve que comprarme dos pares de guantes, que yo usaba superpuestos, porque con los guantes para la nieve que me habían dado casi no podía ni mover los dedos". Aunque para trabajar tenía un lugar en el puente,

que era interno y estaba vidriado, y en el que contaba con una vista amplia, la tentación de Curci por pintar a la intemperie fue más fuerte que ella. "La primera vez que decidí salir, fui a la cubierta de vuelo, que es como el patio del buque. Desde ahí veía todo. Y cuando empecé a pintar, a la tercera vez que apoyé el pincel en la paleta, me di cuenta de que se había escarchado. ¡No lo podía creer! La pintura y el pincel se me congelaban. Entonces desmonté todo y me fui adentro, pensando cómo haría para sortear de ahí en más circunstancias de ese tipo. Ahí me dijeron que cuando la temperatura era menor a 3 grados bajo cero, no tenía mucho sentido que saliera. O sea, podía salir, pero no a pintar, ¡porque al instante me quedaba todo congelado! De cualquier forma, trabajé muchísimo a la intemperie, pero las condiciones climáticas eran siempre muy cambiantes. Varias veces me ocurrió que una parte del buque me empezara a dar sombra y sentir que la temperatura había bajado como diez grados de repente. Todo era muy extremo".

La era del hielo

Ya en sus épocas de estudiante en la Escuela Pridiliano Pueyrredón, a Marina Curci le gustaba pintar paisa-

jes. Un interés poco usual entre los artistas argentinos de su generación, pero que ella cultiva junto con un afán por "estar en el lugar" y retratar a la naturaleza en vivo y en directo. "A mí no me interesa copiar un paisaje a partir de una foto, más allá de que eso es algo que se hace. Toda la vida he pintado paisajes, y casi siempre in situ. Sobre todo, me interesa el paisaje más natural, alejado lo más posible de la intervención del hombre. En el paisaje, en el afuera, en ver la naturaleza, es donde yo encuentro una vibración interior. Es por donde siento que va mi camino". En esa búsqueda Curci ha viajado a numerosos destinos con su equipo a cuestas y, acompañada por su marido, que es mecánico dental, ha llegado incluso a escalar el volcán Lanín, en el parque nacional que lleva su nombre, en la provincia de Neuquén. "No es que escale muchísimo, pero en ocasiones hacemos trekking con mi marido. Y una vez intentamos llegar hasta la cima del Lanín. Recuerdo que en esa oportunidad yo estaba pintando y que el guía nos dijo, en un momento en que las nubes se acercaban: 'No me gustan nada'. Bastaron unos minutos, de hecho, para que se nublara todo. Pero a mí me llevó un rato dejar de ver esas nubes en sus formas y colores para pasar a contemplarlas como informantes del clima. Cuando estoy pintando, el diálogo con lo que tengo alrededor, que es la inmensidad de la naturaleza, hace que a veces sea necesario que alguien me avise que se viene una tormenta".

Sin duda, la travesía más excitante que Curci realizó fue su viaje a la Antártida. Allí no sólo pintó, hizo bocetos, sacó fotografías y grabó sonidos (que piensa incluir en la muestra), sino que además tomó contacto con los habitantes del lugar y con sus historias. "La gente que vive en la Base Belgrano se renueva periódicamente. Nadie puede vivir allí más de un año, ininterrumpidamente. Catorce días nos llevó, sin contabilizar las jornadas de navegación, penetrar el hielo que nos separaba. Ahí el camino se hizo lento, pausado. Una de las tantas cosas que me contó la gente fue lo maravilloso que es ver, en la gran noche antártica, las auroras boreales". Una época del año (el invierno) en la que la rigurosidad de las condiciones climáticas, con días en que el termómetro puede descender hasta 50 grados bajo cero, hace que esa parte del territorio sea casi inaccesible.



AGUA Y TIERRA

Sus recuerdos de la Antártida están pintados sobre lienzos que se exhibirán en 2008. Confiesa que le hubiera gustado completar la serie con una viaje más: el que no pudo hacer por un accidente doméstico, el último del Irizar hasta que culmine su refacción tras el incendio de diciembre de 2006.

"Otra historia que me llamó la atención fue la de un chico muy flaquito al que, por su extrema delgadez, le habían tenido que tender una soga entre una casa y otra para que, si tenía que salir en día de tormenta, no corriera el peligro de que se lo llevara el viento".

Una vez que Curci retornó de la Antártida, empezó a planificar su vuelta. Su regreso estaba previsto para diciembre de 2006, pero un accidente doméstico —se cayó de una escalera en su casa y se quebró los dos brazos, dos días antes del viaje— lo malogró imprevistamente. "El 2 de

diciembre, el día que el Irizar zarpaba, a mí me estaban operando. Y como todo se dio tan abruptamente, todo mi equipo quedó embarcado. El buque hizo su campaña y, cuando estaba volviendo de ese viaje al que yo no había podido ir, sufrió el incendio. Ahí quedó mi equipo y todo el material, incluido el caballete que había llevado en mi anterior viaje". Pero ahora Curci dice estar bien, sin secuelas de su accidente, y lista para volver a seguir pintando los helados paisajes de la Antártida. No en vano ella piensa que su primer viaje "fue sólo el inicio".